

Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Toledo en su aspecto pictórico.

Discurso de recepción leído por el
Académico D. Enrique Vera y Sales.

EXCMOS. SRES:

SEÑORAS,

SEÑORES:

Al haberme honrado esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas con el título de Miembro de Número, ha orlado mi modesta persona de artista de un lauro que creo no merecer. He de advertir, sin embargo, que tal distinción me obliga, desde luego, a perseverar en mi entrañable amor a Toledo, a la que procuro honrar en la medida de mis humildes méritos pictóricos. Desde hoy, si mucho he procurado por la defensa del patrimonio artístico de esta ciudad extraordinariamente bella, será mayor mi interés y mi esfuerzo en procurar que su fama no decaiga, sino por el contrario, aumente, merced a la colaboración que de esta Real Academia y de sus Miembros encontraré en todo momento.

Perseverar en la conservación de la riqueza artística de Toledo es nobilísima empresa para un artista que, además, tiene el orgullo de haber nacido en su recinto. Esa será, pues, mi activa preocupación desde esta honorable Academia, y para ello, os encarezco vuestro valioso y patriótico concurso.

Vengo a ocupar el lugar que dejara vacante el Sr. D. Alvaro

González Saz, distinguido arquitecto, cuya labor artística en Toledo continuamente prosigue, con admiración de entendidos y profanos, y quien, por sus múltiples ocupaciones, háse visto obligado a renunciar a una colaboración, a todas luces valiosa, para esta honorable Academia. La circunstancia de tratarse de un distinguido amigo del que estas palabras pronuncia, me exime del elogio merecido, de la alabanza cordial. Baste el reconocimiento de una leal amistad.

Tradicional es que en estos casos el recipiendario lea, ante tan distinguida como culta concurrencia, un discurso cuyo tema tenga atinencia con las Artes o la Historia. ¿De qué, pues, debe tratar un toledano, que además es pintor, sino de Toledo en su aspecto pictórico? Ese será el motivo principal de estas deshilvanadas líneas, que tienen en cambio el mérito de la sinceridad.

Toledo y su naturaleza.

La naturaleza del terreno en el que aparece, para propios y extraños, nuestra ciudad, es causa determinante de su originalidad y rara estructura. Las colinas donde se asienta Toledo, con sus desniveles, tajos y angosturas, tan «natural» y bellamente artístico, son base única de su aspecto tan típico como atrayente. Rodeada en su totalidad de montes, en partes de considerable elevación, bajo cuyas plantas se desliza y se atropella el Tajo, se domina el conjunto abigarrado y desigual del caserío que constituye la ciudad. Sus partes abiertas a las Vegas, desde las que se contempla Toledo sobre ingente promontorio, absorbe y maravilla por sus desiguales siluetas. Su rocoso suelo, sus callecitas y plazas solitarias, y, por último, sus grandiosos monumentos de épocas tan variadas, donde la mano del hombre alcanza a realizar obras tan distintas como geniales, causan en el observador entendido éxtasis tales de gozo, que no pueden callarse las exclamaciones de asombro y veneración que del corazón salen a flor de labio, borboteantes y sinceras. Y, es tal la atracción de esta ciudad, que aun a los espíritus menos refinados en arte, cautiva y maravilla por tanta grandeza y hermosura.

El encanto de la ciudad.

Según frase muy corriente, «a Toledo se entra llorando y se sale llorando», pues tanto se adentra en el espíritu este trozo de suelo castellano, que quien en un esfuerzo supremo consigue salir de ella, le perseguirá el recuerdo y la nostalgia de su encanto, haciéndole desear de nuevo su retorno.

Así, pues, Toledo, es por todo eso y sobre todo, por su singular paisaje, la Meca pictórica del mundo. Los montes que la dominan, con sus pedrusqueras, acantilados y laderas donde se asientan los cigarrales con sus blanqueadas casitas, su vegetación típica y armónica, donde alternan en su mayor parte los plateados olivos y los verdes albaricoqueros; sus vegas luminosas y rientes, verdaderos oasis que contrastan con la aridez de las colinas rojizas de La Sagra, y, por último, el río, ese río tan cantado por los poetas, caudaloso, tranquilo, y como muerto en la llanura, torrencial y agitado en cuanto chocea con los primeros cimientos de la ciudad, cautiva y maravilla, convertido en límpido espejo donde se refleja, con pristina claridad, la solemne imponencia de los cerros agrestes, los puentes medioevales, las murallas, los molinos y gran parte de las laderas de la ciudad plena de casucas centenarias e iglesias mudéjares. Ese espejo de por sí y en sí, es ya un tratado de técnica pictórica de insospechada variedad, y cuya explotación, como motivo de trascendente riqueza estética, aún no ha sido suficientemente aprovechada.

Por todo esto se comprenderá el extraordinario interés que para un artista pintor tiene la ciudad de los Concilios, y muy particularmente, para aquel que se dedica a la interpretación del paisaje. La variedad de motivos, sus cambiantes de luz por efecto de las horas y de las estaciones, su extraña estructura ciudadana y hasta sus habitantes, reptando por sus callejas empinadas, y ataviados con sencillas galas de bizarro cromatismo, es venero inagotable de inspiración. He ahí por qué, todo artista estudioso elige Toledo como lugar de trabajo y superación técnica. Porque en ella encuentra infinitos motivos: montes rocosos; vegas frondosas y fértiles; cigarrales con su vegetación característica; río caudaloso, a veces, bravío y torrencioso, a ratos, plácido y espejante, y como principal tema interpretativo, la ciudad con sus monumentos

patinados por el oro de los siglos; sus callejas serpenteantes y solitarias, sus plazas de embriagadora poesía vetusta; sus iglesias esplendentes de riqueza artística, penumbrosas, ambientadas de misticismo sencillo y puro; sus casonas solariegas convertidas en palacios de la humildad; sus patios y jardines, graciosamente embellecidos por la flora cromática y modesta de Castilla, geráneos, claveles, madreselvas, enredaderas, albahacas y tantos y tantos temas de singular belleza, de intensa poesía, plenos de sabor local, ese sabor local que descubrió con su pituitaria sutil el gran Merimeé cuando visitó España y en ella gozó Toledo.

Se habla mucho—y no sin fundamento—por los artistas, de la dificultad, del problema, de la captación del tono toledano, de ese color sin color—disculpád la paradoja—que son los grises, ya ocres, ya violetas.

El tono toledano.

Nada más difícil que la solución de ese teorema cromático. Por ello, no es extraño observar cómo muchos pintores, especialmente no castellanos, fracasan al intentar «hacer Toledo» con su color, que no es exclusivo de ella, sino de Castilla, y que aquí se agranda y sublimiza al contribuir a ello la rara estructura de la ciudad en su conjunto grandioso, en contraste con la nimiedad de sus detalles. A Toledo, necesariamente, hay que pintarle viéndole mucho, haciendo de ella previamente un estudio espiritual intenso, para más tarde plasmar en el lienzo la Toledo obtenida tras una larga y meditada contemplación. Aquellos que llegan a ella con una visión estereotipada, falsa y literaria; influenciada por lecturas de libros, no todos ellos muy acertados sobre Toledo, al plantar su caballete frente al natural obstinados por esa falsa literatura, dando brochazos a tontas y locas, de un modo recetario y absurdo, acaban por desesperarse y considerarse los más desdichados pintores de que se tenga memoria, al no conseguir la Toledo «pintoresca» que llevan enquistada entre ceja y ceja. Pero, si al artista que tal acontece, es de los que tienen conciencia profesional y amor a sus pinceles, después de unos días de reposo espiritual, acaba por mirar sin prejuicios la Toledo que tiene delante, y por realizar obra formal y sólida plasmando el natural a través de su temperamento, más o menos sutil y emotivo.

Toledo, como ciudad muy antigua, tiene la entonación de lo viejo; de ahí que sus colores, en ocasiones muy vibrantes, aparezcan como patinados por la acción del tiempo. Cuando se contempla la ciudad en su conjunto, da la sensación de un amasijo gris plateado en el que, a intervalos, aparecen chispazos—siempre entonados—de un rojo, un verde, un amarillo. La diversidad de tonos, dentro siempre de esta sinfonía de plata, es muy variada: morados, verdes nacarinos, ocre, sienas, amarillos cadmios y también negros, con una tonalidad gris luminosísima producida por el sol toledano, muy potente la mayor parte del año. De ahí también que esta ciudad de rincones alegres y luminosos: de balcones y floridas rejjas, no dé sensación de país de pandereta, «de pintoresco», sino como ciudad muy entonada, austera y serenamente castiza; la austeridad serenamente castiza de Castilla.

El caso del Greco.

Hé aquí cómo se explica el caso del Greco. Este pintor, no hubiera alcanzado tanta personalidad si la fatalidad no le trajera a Toledo, donde llega a enraizarse y espiritualizarse. Recuérdese su primera época resueltamente italianizante («La Asunción», del retablo de Santo Domingo el Antiguo, actualmente en el Instituto de Arte de Chicago). En esta tela, admirable, como todas las suyas, hay poca personalidad si se la compara con otras posteriores de su vida toledana. La segunda y tercera épocas, netamente saturadas de espíritu castellano, muy siglo XVII—fervor religioso, terror a la carne y santo temor de Dios—son como la concreción del espíritu católico de Toledo. Su concepción artística, cambia radicalmente. Al paganismo renaciente que dominaba en Italia, cuando el Greco admira y sigue la manera sabia y elegante del gran Tiziano, durante su estadía en Venecia opone el griego toledanizado el misticismo trágico y creador de santos de la épica Castilla, conquistadora de mundos terrenos y celestiales. A las formas ampulosas, redondeadas al dibujo clásicamente renaciente, muy italiano, sucede la esbeltez divinamente exagerada y desproporcionada de sus figuras de apóstoles, Cristos y santos castellanos, que llega no pocas veces al summum del retorcimiento. Son sus personalísimas épocas, aquellas tole-

danas en que por los ojos, expresivamente espirituales de sus retratados —santos ascéticos o nobles hidalgos— asoman destellos de fulgurante vida interior, perhenchidos de fe.

Este gran pintor que observara mucho el natural hasta en sus más íntimos detalles, nunca copió al modo naturalista, sino merced a un proceso temperamental y espiritual. De ahí que su manera de hacer dé más impresión de vida y realidad que la obra vista a la manera del ojo fotográfico. De este modo, el Greco extrae al paisaje la nota subjetiva, intensa, trágica y atormentada. Aparte el cuadro conocido por «Plano y vista de Toledo», existente en el Museo de su nombre, de esta ciudad, en el que tuvo que ceñirse a su objetivo—el plano—en los demás, unos a modos de fondo—detalles aislados de sus cuadros de figuras—, otros, como principal asunto, en todos ellos domina la nota gris de celajes pardos que se escapan en sentido vertical—obsesión de la flama mística que anima toda su labor toledana.

Así vió este genial artista nuestro paisaje, siempre en gris, pues para él no existían, pictóricamente hablando, días alegres y soleados. La nota luminosa en el paisaje, la preocupación cromática como motivo esencial del alma exterior del paisaje, no existió jamás para los pintores hasta la aparición del impresionismo, con el descubrimiento de la luz y el aire libre en el paisaje.

El romanticismo.

Un salto prodigioso hemos de dar hasta encontrar intérpretes del paisaje toledano después del Greco. Nada menos que siglo y medio—es a principios del XIX cuando los pintores inician con verdadera fruición la interpretación del paisaje y del cuadro costumbrista—necesitamos para estudiar de nuevo a Toledo a través de los pintores. El romanticismo, con su ética «sui generis», abarca todos los problemas espirituales y sociales. La pintura, pues, sufre una evidente transformación, no ya técnicamente, sino también bajo su aspecto social. Los pintores pre-románticos, perseverando en el clasicismo escolástico y sujetos a prejuicios religiosos y morales, tenían, si no abandonado en absoluto, casi abandonado el natural, en cuanto a su concepción cíclica, abstraídos en la interpretación única de episodios religiosos, ya

bíblicos, ya de épocas anteriores a la existencia del artista, o a la pintura del retrato. El mundo, con sus efectos de vida exterior, sus poblaciones, costumbres, carácter étnico, etc., etc., estaba vedado a los pintores del XVIII casi en absoluto. Es necesario, pues, que se produzca el movimiento revolucionario del XIX, más conocido por romanticismo, para que la vida adquiriera de nuevo su riqueza emotiva; se la sienta en toda su poliforme estructuración y se la goce ampliamente en cada una de sus manifestaciones dignas de admiración.

Bajo ese ciclo de inquietud y amor por la naturaleza, surgió, como es lógico, el interés por la interpretación del paisaje en sí, o como marco en el que han de desenvolverse escenas del vivir cotidiano, campestre, ciudadanas, interiores, en fin; en cuantas manifestaciones el hombre se asocia con la naturaleza para entonar la eterna canción de la vida.

Toledo y sus intérpretes del XIX.

Vamos, pues, a ocuparnos de algunos pintores que eligieron nuestra ciudad como motivo de maravillosas producciones, pues entre ellos los hay que merecen no ser jamás olvidados por nosotros, ya que ellos con su grano de oro artístico, propendieron al prestigio merecido de Toledo a través del mundo.

El que pudiéramos denominar jefe de la partida romántica de trotamundos, es Jenaro Pérez Villamil, fecundísimo artista que recorrió casi toda España en activa labor pictórica y que residiera en Toledo, realizando una interesantísima cantidad de obras, valiosas todas, no sólo por la calidad personal del pintor, sino bajo el punto de vista del tipismo toledano de hace un siglo. Contemplándolas se siente no pequeña tristeza al comprobar cómo han desaparecido de entonces acá típicos rincones, destruido monumentos suntuosos y pintarrajeados o mal tratados, algunos de los que aún subsisten, causando, a pesar de ello, constante admiración. Pérez Villamil, que en pocos años hizo una labor enorme—se cuentan unos 8.000 cuadros y 18.000 apuntes—, pintó Toledo con evidente cariño y admiración. Artista avanzado e inquieto para su época, gozó de merecido renombre, pues en singular anhelo de ver y hacer, realizó grandes viajes a través,

no sólo de España, sino también por Francia y Bélgica, lo que puede considerarse de una valentía poco común, si nos atenemos al período levantisco y trágico en que le tocó vivir.

Su técnica, para entonces revolucionaria, fué de indudable ventaja para su interpretación de Toledo, pues supo llegar como pocos por ella a la entraña emotiva de nuestra ciudad. Sus dibujos y acuarelas están con tanto amor ejecutados, que el que los contempla queda absorto de placentera emoción.

Casi al propio tiempo que Villamil llegan a Toledo, con diversos fines estéticos, los hermanos Valeriano y Gustavo Adolfo Bécquer, pintor el primero y poeta el segundo. Valeriano, bajo la sutil y delicada orientación de Gustavo, que supo, como ningún poeta de su tiempo, adentrarse en el alma romántica de nuestra ciudad en su leyenda y evocación histórica, realizó una importante cantidad de cuadros y dibujos de temas esencialmente toledanos que revelan el fino y poco común talento de este pintor entusiasta de nuestro tipismo y genial intérprete de composiciones costumbristas, en las que puede considerársele un consumado maestro.

En este plan recordatorio de descubridores de nuestra Toledo pintoresca no podemos olvidar al gran dibujante y pintor Daniel Urrabieta Vierge, que visitara varias veces nuestra ciudad y en la que realizó una importante cantidad de dibujos, primorosos y fuertes a las veces, en los que con su nerviosa y personalísima técnica nos muestran una Toledo casticísima y sugerente. A través de ellos, realizados unas veces a grandes manchas, otras sólo de línea—esa línea correcta y vibrante que nos recuerdan las estampas japonesas—se descubre la inquieta y fantasmagórica personalidad del artista que de un insignificante motivo llega a conseguir los efectos de un rico y sugestivo asunto.

Atildado, correcto, fino de dibujo y brillante de color, Martín Rico, alcanza un lugar preeminente entre los intérpretes concienzudos de Toledo. Su labor a este respecto fué importantísima, acusando en toda ella una gran percepción espiritual de nuestra ciudad.

Otro artista que por su gran amor a nuestra Ciudad y por su indiscutible talento técnico y prodigiosa sensibilidad creadora no puede ser olvidado por nosotros, fué Matías Moreno, quien, aparte su admirable labor de retratista y asuntos de costumbres de vario carácter español, aprovechó como fondo de no pocos

cuadros de figuras, aspectos de nuestra ciudad—donde residiera gran parte de su vida—de fina entonación y justo realismo.

También dedicó a Toledo algo de su sabia labor en pequeños cuadros, fondos de otros mayores y en dibujos para ilustraciones el laureado y siempre cariñosamente recordado pintor Vicente Cutanda.

No deja de tener especial transcendencia como intérprete de Toledo Ricardo Arredondo. Espíritu solitario y agreste, infatigable trabajador, dedicó su obra artística a nuestra ciudad y su campiña, realizando una labor inmensa si se tiene en cuenta el detalle paciente acumulado en cada uno de sus cuadros. La preocupación preciosista que se advierte en toda la obra de Arredondo, fué la causa de que este pintor de exacto y delicado trazo no realizara obra de conjunto. Sin embargo de esto, Arredondo es muy digno del aprecio y de la consideración de los toledanos, pues su vida la dedicó exclusivamente a nuestra magna ciudad, y ésta se divulgó no poco por Europa, merced al entusiasmo desplegado en su obra por este artista.

Entre los intérpretes de Toledo de más afectuosa y respetable recordación para nosotros, por su obra talentosa e inquieta, está Aureliano de Beruete. Hombre de gran posición social, de claro talento y cultura exquisita, alternó su labor de pintor con la de investigador artístico, alcanzando merecidos éxitos paralelos. Discípulo de Carlos Haes, sigue en su primera época las huellas del maestro realizando una obra detallista y fina pero poco luminosa. Inquieto descubridor de ambientes artísticos, viajó mucho por España y Europa. En sus estadias parisienses se deja cautivar por el impresionismo, en la iniciación de éste nunca bastante elogiado movimiento estético, base de nuestro progreso pictórico actual, y con ese caudal de nuevas percepciones estéticas prosigue su labor de pintor y su interpretación periódica de Toledo. Esta modalidad técnica de la obra de Beruete es la que le valoriza a nuestros ojos y por la que descubrimos una de las más certeras visiones de nuestra ciudad a través de múltiples intérpretes.

Hasta aquí cuanto debo decir de los artistas que plasmaron la belleza inagotable de Toledo. Considero un deber de discreción pasar por alto el juicio que pueda merecernos la obra interesante y distinta de muchos artistas que aún viven con prestigios indiscutibles, y que han dedicado y siguen dedicando singular atención

por Toledo. Cambiemos el juicio, ya elogioso, ya adverso, por el agradecimiento que como toledanos debemos a cuantos dedican sus afanes artísticos a nuestra ciudad.

Palabras finales.

Ahora sólo espero de esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas continúe su perseverancia y celo en la conservación y prestigio del patrimonio artístico y espiritual de esta ciudad que la acoge y que merece el desvelo y la atención más extremosos de todos sus distinguidos como cultos componentes, entre los cuales vengo a ocupar un modesto lugar, tan modesto, como humildes considero los méritos que habéis encontrado en mí para tan alto honor.

Sean mis últimas palabras el lema en que circunscribiré mi acción a vuestro lado: «Conservar Toledo y su carácter para la gloria estética del mundo».

HE DICHO.

